

Lectura(s) sobre la Universidad

Ignacio ÁLVAREZ RODRÍGUEZ

Profesor Ayudante Doctor de Derecho Constitucional

Universidad Complutense de Madrid

ialvarez1@ucm.es

1. Planteamiento. 2. ¿Inteligencia emocional? 3. Visiones sobre la educación y la Universidad. A. Fernando Savater. B. Manuel García Morente. C. Antonio Valdecantos. D. José Luis Pardo. 4. Un testimonio real: otro día más en la oficina. 5. Bibliografía citada.

1. Planteamiento

Dicen que leer es haber leído. Otro tanto puede decirse de la enseñanza universitaria: enseñar es que te hayan enseñado (y que uno haya aprendido). Sin perjuicio de rastrear en la memoria algunos ejemplos dignos de elogio (gracias, profesora De la Válgoma), creo que la mayor fuente de conocimiento que he tenido han sido los libros. Es una fuente quizá parcial, incompleta, pero fiable.

Con otras palabras: para saber qué significa ser profesor de Universidad, cómo encarar mi trabajo bien, leo libros sobre la Universidad y sobre el hecho de ser profesor universitario. Desconozco si lo hago bien, pero es así como lo hago.

A ir desarrollándose los cuatrimestres, uno realiza que hay cosas que ni leyendo.

Sí, ya sabemos que desde la Universidad siempre nos hemos colocado por encima del bien y del mal, creyéndonos que somos la quintaesencia de todo, los auténticos y últimos guardines del saber. Sí, ya sabemos que la Universidad es el mayor conocimiento científico organizado que una sociedad avanzada puede tener. Sí, ya sabemos que las mejores cabezas han estado, están (o deberían estar) en la Universidad. También sabemos, según nos recuerdan nuestros mayores, que el alumno medio es pasivo y pragmático por naturaleza, y que a día de hoy viven sin poder concentrarse siquiera dos minutos seguidos, perdidos en las inmensidades de Internet y sus golosinas.

Sabemos todo eso. Vale. Pero ¿a qué profesor le enseñan a gestionar el grupo humano con el que va a tener que pasar más tiempo que con sus familiares directos? ¿Cómo se consigue crear un buen ambiente? ¿Cómo se gestionan las emociones de personas de entre

dieciocho y veinte años, especialmente cuando están juntas en la misma aula?

¿Quién nos enseña a enseñar?

Está claro que la mejor escuela demuestra que uno enseña conforme a dos patrones: como le han enseñado y como va aprendiendo. El movimiento se demuestra andando. Ensayo error, método ancestral de aprendizaje del ser humano.

2. ¿Inteligencia emocional?

No son pocas las propuestas que defienden una inteligencia emocional en las aulas. Se dice que esto es especialmente novedoso en esta vida actual, tan posmoderna, pero nada más lejos. Es más antiguo que el viento. No es que antes no existieran emociones ni sentimientos, es que uno se los solía guardar para sí y no hacía bandera pública de ellos.

Las propuestas de inteligencia emocional podrían resumirse en algunos puntos comunes que forman parte de su acervo. Así, inciden en la creación de un entorno positivo, teniendo en cuenta que se trabaja con los sentimientos propios y ajenos y que la Universidad, como la vida, no es sólo racionalidad sino también sentimentalidad. Son propuestas que apuestan por escuchar sin paliativos al alumno sin paliativos, sabiendo lidiar con sus expectativas. Le suele gustar que el profesor revele un poco (pero poco) de sí mismo, e inciden en la buena educación, los modales, y, en suma, en la calidad humana de la persona. Ya se sabe que hay tesis que defienden que los buenos profesores lo son por ser buenas personas.¹

La experiencia dice que en clase siempre se fomenta algo, quiérase o no. Pon atención a lo que es y actúa en consecuencia. Dicho de otro

¹ Vid. ESTEBAN BAREA, F; *La Universidad light. Un análisis de nuestra formación universitaria*. Paidós, Barcelona, 2019, p. 15 y ss.

modo: si les tratas como ovejas, tendrás ovejas. En cambio, si les tratas como exploradores, explorarán con gusto. Claro que esto no puede perder de vista que trabajamos con el factor humano, por lo tanto, siempre hay un margen de incertidumbre y de error que se escapa a nuestro control. No se trata de cuadrar el círculo, se trata de intentar construir uno entre todos.

Otro de los aspectos en los que suele incidir la inteligencia emocional es la inteligencia. Según algunas tesis la pregunta clave no es *¿eres inteligente?* La pregunta clave es *¿cómo eres inteligente?* Diferentes expertos hablan de casi una veintena de inteligencias. Es decir, que todos somos inteligentes porque todos tenemos varias inteligencias en ámbitos diferentes. Quien es muy bueno leyendo, asumiendo conceptos y exponiéndolos en público quizá no lo es tanto a la hora de cumplir con los horarios o a la hora de trabajar en equipo. No hay más tontos a un lado de la tarima que al otro por el mero hecho de estar ahí abajo. Si por algo nos caracterizamos todos los seres humanos es porque somos falibles (no fálicos, eso solo algunos) y muy limitados.

No podemos negociar las reglas básicas y eso debe quedar muy claro desde pautas, pocas pero claras (puntualidad, alzar la mano antes de hablar). Esas reglas deben ser conocidas de antemano para que las digieran y asimilen. Dicho eso, que hagamos cumplir ciertas reglas no significa que dejen de ser personas. Esto es: seres humanos perfectamente sensibles y conscientes que están intentando aprender cosas nuevas (lo cual entraña su dosis de dificultad añadida). ¿Cómo? Algunos ejemplos que aumentan la empatía es hacer un breve descanso durante la sesión, mostrar que *valoras* sus sentimientos, o pedir (y recibir) retroalimentación.

Una última apreciación: cuando el alumno haya usado la palabra no conviene elogiar demasiado su apreciación (un juicio positivo sigue

siendo un juicio) ni criticar con furibundia (eso se llama abuso de poder y es psicológicamente devastador). Como dijeron los clásicos: en el medio está la virtud. Se puede realizar una crítica empleando lenguaje positivo.

3. Visiones sobre la educación y la universidad

A continuación se exponen algunas ideas que vienen de pensadores que han querido arrojar algo de luz a la tarea del saber. Algunas están más orientadas al ámbito de la educación secundaria (Savater), aunque creo que su poso es aprovechable para la educación universitaria. El resto (García Morente, Valdecantos, Pardo) tienen más que ver con esta última, aunque aplicando la misma lógica tampoco estarían de más en los quehaceres de nuestros maestros de escuela.

A. Fernando Savater

Un clásico en la materia es esta obra de Savater, reeditada varias veces.²

Savater nos explica que el hombre llega a serlo a través del aprendizaje. Por eso “el hecho de enseñar a nuestros semejantes y de aprender de nuestros semejantes es más importante para el establecimiento de nuestra humanidad que cualquiera de los conocimientos concretos que así se perpetúan o transmiten” (p. 31).

Savater expone la idea de que procesar información es una cosa y otra diferente es comprender significados: “la verdadera educación no sólo consiste en enseñar a pensar sino también en aprender a pensar sobre lo que se piensa” (p. 32). De alguna manera, entre enseñantes y enseñados se establece una suerte de “parentesco”.

² SAVATER, F; *El valor de educar*, Ariel, Barcelona, 1997 (1ª edición).

Los griegos dividían la paideia (el ideal educativo) en dos funciones diferentes: la *Instrucción*, impartida por el maestro fuera de casa; y la *Educación*, impartida por el pedagogo dentro de la familia. Para Savater, a día de hoy esa contraposición resulta obsoleta y engañosa (p. 47).

Luego presta atención a la idea del "Currículo oculto", deudora del pensamiento de B. Russell o de M. Foucault. Savater cree que este no debe contener sólo cosas malas, como por ejemplo la autoestima. Si la escuela no consigue reforzar el reconocimiento personal, el coraje, la generosidad o el conocimiento veraz, habrá abdicado en favor de otros lugares donde los niños negociarán la misma: TV, Internet, bandas callejeras, sectas, movimientos políticos violentos, etc.

Está claro que la familia es el principal agente socializador y que ello tiene pros y contras. El ideal de juventud, la importancia del adulto, la necesidad del principio de realidad bien asentado. Queda claro que los niños tienen miles de estímulos externos que les hacen de "contraejemplos", pero aquí nos recuerda a Platón: la diferencia entre el malvado y el justo es que el primero lleva a cabo las fechorías que el segundo sólo sueña y descarta (p. 86). Por eso es de vital importancia explicar que la violencia sólo engendra más violencia, por esa cadena cruel de estímulo-respuesta que se genera y que la hace temible. Dicho con otras palabras: no hay que minusvalorar ni mucho menos descartar el valor pedagógico del miedo (p. 86).

Está claro que algo de verdad hay en que los niños son "reclutas forzosos". ¿Cómo aceptar que formamos a los niños para ser libres y autónomos mediante algunas coacciones instructivas? Savater cree que eso pasa porque la libertad no es apriorística, sino un logro de nuestra integración social. No partimos de la libertad, llegamos a ella. Nos la hemos dado. La hemos ganado. Debemos saber y poder conservarla, nos viene a decir (p. 93).

Según Kant, no se puede educar al niño sin contrariarlo, en mayor o menor medida. Para poder ilustrar su espíritu hay que formar antes su voluntad y eso siempre duele bastante (p. 95). De hecho, disciplina etimológicamente viene de discis (enseñar) y cipulina (la voz que nombra al niño). Savater cree, no obstante, que “la cultura no es algo para consumir, sino para asumir” (p. 106). Por eso el niño aprende a mandarse a sí mismo obedeciendo a otros. Los adultos ofrecemos apoyo y resistencia, de lo contrario convertiríamos a nuestros pequeños en “seres que se deforman hasta lo monstruoso” (p. 107).

El profesor, para Savater, debe ser capaz de seducir sin hipnotizar. ¡Cuántas veces la vocación del alumno se despierta más por adhesión a un maestro preferido que por la materia que imparte! Según el filósofo, el principal rasgo negativo del profesor es la pedantería, que subdivide en varios errores. Primero, “exaltar el conocimiento propio por encima de la necesidad docente de comunicarlo”. Segundo, preferir los ademanes intimidatorios de la sabiduría a la humildad paciente y gradual que la transmite. Tercero, centrarse puntillosamente en las formalidades académicas (que en el mejor de los casos son sólo rutinas útiles para quien ya sabe) mientras menosprecia la estimulación cordial de los tanteos a veces desordenados del neófito. Cuarto, confundir, deslumbrar o inspirar “reverente obsecuencia” con la tarea de ilustrar, de informar o incluso de animar el aprendizaje. Así, concluye que “el pedante no abre los ojos a casi nadie, pero se los salta a unos cuantos. Todo ello, por qué no, con buena intención y siempre con autocomplaciente suficiencia” (p. 122).

Después de esto, Savater deja unos consejos a la hora de encarar la tarea educativa que, desde la perspectiva del profesor, se agradecen.

El primero es suscitar los deseos de aprender la asignatura. Con cebos jugosos, aunque suenen triviales. Hay que abrir el apetito del alumno, no agobiarlo ni impresionarlo. El segundo es la humildad del maestro, que consiste en renunciar a demostrar que está arriba y en esforzarse por ayudar a subir a otros (p. 124). Esto es: ayudar a los demás a realizar hallazgos, no pavonearse de los que otros han hecho. El tercero, fomentar las pasiones intelectuales y cultivar la capacidad de conversar desde lugares y opiniones diferentes, no lo que deben pensar u opinar. Tan fundamental es escuchar como preguntar y ombatir la falta de capacidad de abstracción. En cuarto lugar, los seres humanos somos narrativa: nos parecemos más “a los cuentos que a las cuentas”. Nos contamos cosas nosotros mismos.³

La sensibilidad narrativa, recuerda Savater, es sensibilidad literaria y se suele aprender leyendo (sin descartar otras fuentes, como el cine, por ejemplo), de ahí que suela rentar el hecho de fomentar la lectura y la escritura. No debemos olvidar, nos dice, que nos convertimos en responsable ante el neófito: “hacerse responsable del mundo no es aprobarlo tal como es, sino asumirlo conscientemente por lo que es y porque sólo a partir de lo que es puede ser enmendado. Para que haya futuro, alguien debe aceptar la tarea de reconocer el pasado como propio y ofrecerlo a quienes vienen tras de nosotros” (p. 150).

El ideal básico que la educación debe conservar y promocionar es el de la universalidad democrática, entiende Savater. La democracia como una conquista de la civilización que ha costado muchísimo. Y esto debe enseñarse, aunque suene complejo. Para ello, no hay que limitarse a repetir de forma contextualizada sus mantras sino, primero, mostrar cómo llegó a ser históricamente imprescindible y, segundo, qué sucede allá donde (no) existe. Ello no significa que

³ Sería la idea de Marco Aurelio de que el discurso interior es fundamental porque en realidad vivimos dentro de los discursos que nos pronunciamos. Vid. LARRAURI GÓMEZ, MAITE; *El ejercicio según Marco Aurelio*, Tándem, Valencia, 2009.

debamos hurtar errores y deficiencias, sino inspirar a nuestros alumnos una prudente confianza en los mecanismos para enmendarlos (p. 167).

En el Epílogo del libro incluye reflexiones interesantes, resaltando la importancia de que la democracia eduque a sus ciudadanos. Por eso no puede ser opcional, sino una obligación que el Estado debe cumplir y garantizar, por puro instinto de conservación. Savater nos lo dice bien claro: educamos, las democracias educan, en defensa propia (p. 174).

Y es que, para el filósofo, “el sentido de la educación es conservar y transmitir el amor intelectual a lo humano” (p. 180). Por eso redobla esfuerzos en defender una mentalidad pública concreta, una democrática, que no casualmente basa en los postulados de un constitucionalista como Manuel Ramírez.

Así, recuerda que toda política democrática conlleva un ingrediente de relatividad, a la par que se debe fomentar la capacidad crítica y selectiva. De ello deduce que debemos valorar positivamente la existencia de pluralismo social y, en consecuencia, la existencia de conflictos (son fructíferos). No podemos olvidar estimular la participación en la gestión pública, desarrollar conciencia de la responsabilidad individual y transmitir que todo aquel que ejerce poder debe estar sometido a un necesario control (especialmente quienes ejercen poder político). A ello se le suma la necesidad de reforzar el diálogo frente al monólogo, así como la idea de que los discrepantes son rivales ideológicos, pero no enemigos civiles. Y quizá, la más fundamental para quien esto escribe: todo el mundo tiene derecho a equivocarse pero nadie lo tiene para exterminar el error. Esto convendría grabarlo a fuego.

B. Manuel García Morente

La historia de Manuel García Morente es curiosa. Era profesor de Filosofía en la Universidad de Madrid y en 1937 se ordenó sacerdote. Tiene un libro sobre la Universidad cuyo germen fue una conferencia dictada en ese mismo año en la Universidad de Tucumán.⁴

Goza de algunas ideas sobre la Universidad que merece la pena destacar. El autor no duda de que la Universidad vive de cara al futuro, aunque tampoco olvida que, como tal, es una creación europea de los siglos XI y XII. Los griegos y los romanos no tenían y eso era, a su juicio, porque no la necesitaron. En palabras del propio autor: “las instituciones las crean los hombres cuando las necesitan” (p. 14).

En ese sentido, la Universidad se crea en la Edad Media, por varias razones. Se llegó a la firme convicción de que el saber humano ya se ha logrado, ahora de lo que se trata es de conservarlo y mantenerlo (de ahí que se estudie latín, porque el saber está en ese idioma). De esa forma, los clérigos perpetúan el saber y de ahí la imagen típica – algo patriarcal, diríamos en la actualidad- de reunirse en torno al maestro (muchos hombres reunidos en torno a un libro).

García Morente recuerda que en el siglo XVI hay una crisis de cultura: ese saber que se creía definitivo empezó a verse como no verdadero, y empezaron a creer (y a temer) que “acaso la verdad fuera distinta de lo que se había enseñado hasta entonces” (p. 16). De ahí la duda metódica de Descartes. De ahí que hubiera algunos individuos que se pusieran a rehacer la ciencia fuera de las Universidades. Ahora la Ciencia ya no es hermética, cerrada y conclusa, sino que inicia una

⁴ GARCÍA MORENTE, M; *El ideal universitario y otros ensayos*, EUNSA, Barañáin, 2012.

carrera hacia el infinito. Y aparece así la actividad del investigador científico, individualmente considerado. Esto es, Newton, Leibniz, Descartes, Spinoza...Es así como surgen las Academias en Europa (siglos XVII y XVIII).

Las Universidades van incorporando a sus fines la investigación científica (las primeras fueron las alemanas) y así llegamos a las tres finalidades fundamentales de toda institución universitaria: formar profesionales, transmitir el saber culto y organizar la investigación y el descubrimiento científico, todo ello pensado en educar a los grupos dirigentes (los "líderes", lo contrario a los "hombre-masa"; no se refiere a clases, ni jefes, ni caudillos). Estos deben ser un todo, no sólo meros receptores de conocimiento, debiendo cuidar todo aspecto que redunde en su ejemplaridad: manera de hablar, de vestir, de comer; en definitiva, una forma de estar en el mundo y en la vida que tan bien ejemplifica el *College* inglés.

Finalmente, dedica algunas reflexiones a la ética del profesor y a la ética del estudiante, que resume en dos ideas: fuera la violencia y fuera la lucha política de la Universidad y hagamos buena la idea de "pedes in terra, ad sidera visus" (los pies en la tierra y los ojos en las estrellas).

C. Antonio Valdecantos

La exploración me llevó al libro de Antonio Valdecantos.⁵ El filósofo deja algunas cositas muy interesantes. Como cuando dice que ir a clase en la Universidad significa ir a la clase "de algún sabio admirable y de muchos ganapanes del saber" (p. 148).

⁵ VALDECANTOS, A; *El saldo del espíritu*, Herder, Barcelona, 2014.

Con este libro se aprende mucho. Por ejemplo, que la Universidad era un cúmulo de ambigüedades y que eso no era malo del todo para el joven europeo. Está por ver si el modelo que se ha impuesto en las primeras décadas del siglo XXI es igual de bueno o no. Lo que ha llegado es una prolongación de la enseñanza media y una anticipación del mercado laboral, quitándole todo lo que pueda tener de propio o particular (p. 150 y 151). Parece, así, que “de lo que se trata es de formar a cierta clase cualificada de usuarios de Internet, que sepa dónde buscar determinados datos y qué hacer con ciertos sitios” (p. 152).

Por eso dice que lo que hay que aprender hoy en la Universidad es “el arte de aceleración de los tiempos” (p. 155). Esto es, no enseñar como antes se hacía sino usando las “nuevas tecnologías”. Los principios rectores de las enseñanzas universitarias serían, en su primera fase, básicas, flexibles y abiertas; en su segunda fase, ya estaríamos ante enseñanzas especializadas, prácticas y claramente orientadas a un fin.

También me enseñó algo sobre los profesores de Universidad. Que somos muy especiales es casi vox populi. Y que ya no es una profesión elitista, pues también. Él lo explica diciendo que “el profesorado universitario es un arca de Noé en la que pueden encontrarse las especies más variadas y, si se los toma a estas de una en una, se encontrarán más semejanzas entre cada una de ellas y algunas profesiones no universitarias que entre las especialidades académicas mismas” (p. 164). Y sigue: “recientemente pastoreada por sus evaluadores y acreditadores, lo que era una fauna inclasificable se convierte en un manso rebaño, y allí donde reinaba una abigarradísima variedad de hábitos, modales y pasiones, se instaura la uniformidad más estricta” (p. 167).

D. José Luis Pardo

El filósofo complutense siempre ha tenido como uno de sus ámbitos de reflexión el trabajo universitario. En un mundo donde cada vez hay más impostura, ruido y confusión, Pardo nos da algunos consejos que no por obvios resultan menos aprovechables.⁶

Lo que él hace para poder dar clase es estudiar. Así de sencillo o de complicado. Recomienda al profesor que estudie mucho, por lo que consecuentemente también se lo recomienda al alumno. A partir de ahí, le corresponde a aquel transmitirle las diferentes herramientas (y su modo de uso). Y a no tener miedo a la rutina: al fin y al cabo, tanto la vida como el estudio es rutina.

También considera que, a los clásicos, en lugar de limitarse a sacarles brillo más bien hay que quitarles el polvo. No dejarse obnubilar por dos o tres sentencias categóricas –muy propias de un tuit impactante- y sí reflexionar sobre las enseñanzas de fondo que transmiten.

Fundamental se le antoja tratar a los alumnos como adultos que son. No hay que tratarles como si fueren monos. No contribuir a fabricar monos. Como buen filósofo, no se olvida de Wittgenstein, haciendo suyo el dicho del alemán que dice que “no hay que alimentar a los estudiantes sino ayudarles a cambiar de dieta”.

⁶ Véase PARDO, J.L; “Conversaciones”, *Revista Cultural Turia*, de 21 de noviembre de 2017 (http://www.ieturolenses.org/revista_turia/index.php/blog/cat/view/identifier/conversaciones/page/conversaciones/?limit=100)-. Consultado el 17 de septiembre de 2019. Resulta muy recomendable su contribución “El conocimiento líquido. Sobre la reforma de las universidades públicas”. En HERNÁNDEZ ALONSO, J; DELGADO GAL, Á; y PERICAY, X (coords); *La universidad cercada: testimonios de un naufragio* / Anagrama, Barcelona, 2013, págs. 267-292.

4. Un testimonio real: otro día más en la oficina

Se reproduce ahora un texto que condensa un testimonio real de quien es profesor de Universidad en la actualidad. Por deseo expreso del mismo, mantengo su nombre en el anonimato. Esta es su experiencia.

“Os voy a contar la historia de cómo funciona mi cabeza y mi cuerpo cuando se trata de encarar un día normal de trabajo.

Resulta que el sistema nos pide muchísimo de cada uno de los muchísimos apartados que configuran hoy las exigencias para acceder a tener un papel que *acredite* (en fin) que *vales* (en fin). Ya lo dijo Machado: sólo un necio confunde valor y precio.

Uno de esos apartados es realizar contribuciones científicas relevantes, publicadas en las mejores revistas del ramo. Te piden, por un lado, cantidad. Te piden, por otro, calidad. Primer error: es imposible producir mucho y bueno. Al menos yo no sé ni sabré nunca hacerlo. Me leo y leo el enésimo refrito del enésimo Congreso al que ya vas sin ganas, derrotado de antemano: otro trampantojo más. No son molinos, mi señor, son gigantes.

Actualizo compulsivamente el correo. El perfil de Academia. Miro en Dialnet a ver si ya han colgado nuevas contribuciones. En un mismo día, puedo hacerlo del orden de treinta veces. Pulsar “F5”. Nada. Pulsar “F5”. Nada. Pulsar “F5”. Nada. Pulsar “F5”. Nada. Y así.

Escribo una nueva comunicación. A la vez, preparo tres horas de clase. En paralelo, contesto diversos correos. Tutorizo TFG´s. Tutorizo TFM´s. Formo parte de Comisiones de Evaluación de TFG´s y TFM´s. Solicito muy solícito el poder realizar dos estancias de investigación (con los permisos pertinentes de mi Departamento, Facultad y Universidad, lo cual implica realizar papeles adicionales,

gestiones varias y algunos paseos: al menos hago algo de ejercicio). La burocracia que se me pide para cada una de ellas es digna de "Las 12 pruebas de Asterix". Si dicen en voz alta esa metáfora y ven a alguien sonriendo pícaramente y asintiendo con la cabeza, o es un profesor de Universidad o es alguien que está al otro lado de la barrera y forma parte de alguna temida Agencia de Evaluación. En ambos casos, cuidado y precaución.

Son los tiempos posmodernos: tenemos que valer para todo lo cual significa para nada; tenemos que valer cada vez para más cosas; tenemos que valer para un roto y para un descosido....Pero nos rompemos y/o descosemos nosotros. Nos dicen que debemos ser navajas suizas, sin apenas tiempo para realizar que buena parte de su utillaje corta, cercena, rompe, rasga, hiere y lamina. Incluso puedo matar. El sistema perjudica seriamente la salud.

En fin. Filosofía punk de viejo cuño: Do it yourself. Siempre se dijo que anarquía y neoliberalismo acaban por tocarse en sus extremos. Nunca tan cierto como ahora. Vivimos en la era de la autoexplotación del yo. Al menos eso dice Han y yo creo que tiene razón.⁷ Y no tiene pinta de que vaya a escampar. Diabólico y veraz.

(Actualizo otra vez el perfil. Miro el correo. Sigo).

Lee. Pero no leas bien. Porque leer bien es leer despacio, tranquilo, en reposo. Y a día de hoy todo conspira para que estés en constante ebullición. Es como si algo o alguien nos estuviera cocinando a fuego lento, cada vez más caliente.

¿Consecuencias psicológicas? Algunas secuelas deja, claro: depresión, adicción, ansiedad, voracidad, sálvese quien pueda. El cuello de la compañera en bandeja para que su yugular sea seccionada por otra

⁷ Según me dice el autor, se refiere al filósofo surcoreano HAN, B-C; *La expulsión de lo distinto*, Herder, Barcelona, 2017.

compañera. El compañero que deniega un Proyecto a un compañero puerta con puerta. ¿Construir relaciones perdurables, humanas, cercanas y humanistas? ¿En un Departamento universitario del siglo XXI?

(Me pudo la vena pesimista. Siempre hay gente valiosa, valiente y que sirve de ejemplo a los que somos un poco más cobardes).

¿Capacidad de concentración? Casi nula. Rota. ¿Ansiedad? Toda. Intentando saber cómo están las cosas por el mundo, leo, y leo, y leo, y no consigo retener apenas nada. Porque siempre tengo la sensación de que justo lo que he empezado a hacer es lo que menos importancia (léase: urgencia) tiene. Miro siempre alrededor y no consigo ver lo que tengo delante. Si tengo un libro, debo contestar un correo. Si contesto un correo, debería estar leyendo para la clase. Si leo para la clase, ¿qué hago que no estoy estudiando? Un auténtico bucle sin fin. Imparable y auto-destructivo. Auto-destructivo para mí, claro. Ojalá lo fuera para el bucle.

F5.

Actualiza.

Cargando...."

5. Bibliografía citada

ESTEBAN BAREA, F; *La Universidad light. Un análisis de nuestra formación universitaria*. Paidós, Barcelona, 2019.

GARCÍA MORENTE, M; *El ideal universitario y otros ensayos*, EUNSA, Barañáin, 2012.

HAN, B-C; *La expulsión de lo distinto*, Herder, Barcelona, 2017.

LARRAURI GÓMEZ, MAITE; *El ejercicio según Marco Aurelio*, Tándem, Valencia, 2009.

PARDO, J.L; "Conversaciones", *Revista Cultural Turia*, de 21 de noviembre de 2017 (http://www.ieturolenses.org/revista_turia/index.php/blog/cat/view/identificar/conversaciones/page/conversaciones/?limit=100)-.

- "El conocimiento líquido. Sobre la reforma de las universidades públicas". En HERNÁNDEZ ALONSO, J; DELGADO GAL, Á; y PERICAY, X (coords); *La universidad cercada: testimonios de un naufragio*, Anagrama, Barcelona, 2013.

SAVATER, F; *El valor de educar*, Ariel, Barcelona, 1997 (1ª edición).

VALDECANTOS, A; *El saldo del espíritu*, Herder, Barcelona, 2014.